

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo I. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 294-300.

Carlos Benvenuto (1899)

Cabe pensar que cualquier lector medianamente avisado en nuestro mundo cultural y universitario es capaz de identificar, aun sin su firma, una página de Carlos Benvenuto. Títulos extensos y ya densamente significativos. Frecuencia de textos ajenos, casi siempre europeos, traducidos, glosados, comentados. Un discurso que unas veces es enmarañado y titubeante y otras de explosiva afirmatividad, cruzado aquí y allá por raptos líricos extremos, por imágenes y tonos poemáticos y una subida temperatura emocional siempre dispuesta a encenderse. Multiplicidad de acotaciones corroborativas, o complementarias o de destino poco identificable. Ciertos estribillos y nombres que varían cíclicamente, desde **la invasión vertical de los bárbaros** de Walter Rathenau a las **almas tutoriales**, de Vaz Ferreira, o al **orden nuevo**, de Aron y Dandieu, o al **qué difícil es ser hombre, pero se puede**, del mismo Vaz. Una postura de permanente deslumbramiento ante libros y autores recién frecuentados, una avidez generosa de nuevas nutriciones, una despierta disponibilidad para esa admiración cuya necesidad ha reiterado. Pero esos autores, esos libros, siempre en función ratificadora de su propio pensamiento; muy rara vez polémicamente enfrentados o considerados con objetividad. Una tentación constante, y casi nunca resistida, por el matiz digresivo dictando buena parte de las “notas” de sus trabajos. Y una ambición de decirlo “todo” en cada uno de ellos, convertido así en una especie de portavoz de su cosmovisión, la cifra de su actitud humana, de la perspectiva desde la que se va a proponer una obra, si bien, y justamente, este punto de partida sea siempre en Benvenuto la obra misma. Un movimiento de generalización incoercible en suma, que en cada artículo acude a todas las reiteradas claves de su pensamiento. Y aun habría que agregar que las más de sus páginas posteriores a 1930 serían material valioso para el deslinde de ciertas características: lo “oscuro”, lo “difícil”, lo “confuso”, lo “enmarañado”, y sus respectivas etiologías. (Lo cual no quiere decir que Benvenuto escritor sea todo esto y, mucho menos, que lo sea al mismo tiempo).

Se ha hablado de “claves” pero, en realidad, su multiplicidad podría reducirse a una sola. El centro siempre visible del pensamiento de Benvenuto es un contraste. El contraste entre la dimensión, la implicación humana del “totalitarismo”, de la dictadura, del Estado leviatánico, de la sociedad masa y los significados creadores de una concepción heroica, personalista, trascendental de la Democracia. Este sentido de la democracia no está enfeudado —parece obvio decirlo— a sus formas institucionales y aun cabría identificarlo —por el

contrario— con el orden total de “lo valioso” en todos sus planos y en su encarnación antropológica, en su operancia en un mundo de seres concretos, vivientes. Ya en 1929 decía, y ha sido fiel a esta opinión, que **lo que la democracia necesita siempre, para no suicidarse estúpidamente, es instalar una destilería de valores en su corazón.** Pero tampoco sería imposible ver la honda semejanza que tiene este planteo central de Benvenuto con la antítesis de “sociedad abierta” y “sociedad cerrada”, en la acepción que le dieron a estos términos Bergson en **Les Deux sources de la morale et de la religion** y Karl Popper en su conocido planteo de **La sociedad abierta y sus enemigos.**

Benvenuto contrasta consecuentemente, así, el absoluto de su personalismo liberal y la realidad empírica de los regímenes inhumanos. Pero con esto, se hace en cierto modo posible que al no carear realidades contra realidades, doctrinas contra doctrinas, racionalizaciones contra racionalizaciones, deje abierto su flanco a la operación inversa a la que él realiza y la teorización, generalmente vistosa, de los por él llamados “totalitarismos” sea capaz de registrarse golpes en su favor al cotejarse con determinados aspectos de una colectividad que, nominalmente, se califique de democrática.

Pero no es, seguramente, evitar estas consecuencias lo que a Benvenuto le importa sino asumir, trágica, dilaceradamente, el desorden del mundo para intentar entenderlo. También un constante empeño transitivo, una urgencia de que su palabra sirva, sea “edificante”, una cuidadosa fidelidad a la libertad y a la autenticidad personales en disidencia con **cierto sonambúlico elenco de los que, como tantos profesores del mundo entero, no hacen otra cosa que ser un plagio innominado, continuo** (MARCHA, n° 954). Y un pensamiento, en fin, como en “status nascens”, fascinado sempiternamente ante las primeras comprobaciones, redescubriendo todas las horas la letra A de la realidad, enarbolando premisas recién halladas, sin continuarse, sin prolongarse (discursivamente) nunca. Un pensamiento, en puridad, de “manifiesto” (y no es casual que sea autor de alguno excelente).

Benvenuto es un cultor de la paradoja trascendental, en una variada muestra en la que se expide lo más íntimo de su pensamiento: **El poder inútil, la fuerza inútil, la riqueza miserable, el irrealismo de los realistas, la falta de viveza de los vivos** son las más reiteradas, además de otras de “actualidad”, como la tan insistida hace dos décadas sobre **la incapacidad de Hitler para ser alemán.** No es trabajoso inferir que todas ellas apuntan a su convicción suprema en la fecundidad (y la realidad, la efectividad, el valor, la perspicuidad) de los ideales éticos, de la experiencia espiritual, de los “medios pobres” de acción política e histórica, a su defensa de un personalismo espiritualista, libre, agónico, a su repudio del estatismo, la técnica, el activismo, el economismo, el dogmatismo ideológico, las políticas de fuerza, el culto de la potencia, toda clase de maquiavelismo... Como se

señalaba en el caso de Cuadro, el pensamiento de Benvenuto se mueve también en los lindes de una grave religiosidad, tentado a la vez por la Fe y rechazado por ella, pero, a diferencia de lo que ocurre con su compatriota, es más fácil inferir en él las razones de ese rechazo. Razones que, tal vez, no son otras que su resistencia a los elementos “institucionales” que una Iglesia implica, su opción por una verdad “que se busca” contra una verdad que es “encontrada”, por el camino contra la meta, por lo tolerante y lo abierto contra los ingredientes de afirmatividad y conclusividad que cualquier culto religioso, casi inexorablemente, tiene.

Su humanismo exaltado tuvo (como se volverá a insistir) el mismo trámite inicial que el de su coetáneo y compañero Luis Gil Salguero pero luego las líneas de los dos divergen, hasta no dejar de poseer un cierto valor ejemplar, representativo, de los conflictos más hondos de la inteligencia contemporánea. Con el curso de los años se aguzó en Benvenuto (háblese ahora sólo de él) la conciencia de las “falsas vías” que la afirmación de lo humano podía seguir. En este sentido (aunque no sea el único ejemplo posible), ha adquirido creciente relevancia en su obra la crítica a toda versión oficial y cerrada del marxismo. Ya había afirmado muchos años atrás que **el socialismo padece un aturdimiento incurable. Se llama “realista” y no le falta más que el sentido de la realidad. Ni por asomo conoce al hombre. Profesa un optimismo malo, fácil, y lo elabora mal. Olvida que las formas económicas, jurídicas, etc., bailan al son que le toquen y que el son siempre lo tocan de adentro.** Aunque aseveraciones de este tipo han sido después muy numerosas, esto, dicho en 1919, no deja de ser novedoso y, aun en el dictamen más desfavorable, sería capaz de marcar una despierta receptividad a ciertas distinguidas fuentes europeas de la segunda década. Tampoco su posición actual deja de presentar muy numerosos contactos, como lo probaría bien su folleto **Marx, liberado del marxismo... y de Marx** (1960). Tanto en este texto como en alguna reveladora carta a MARCHA (nº 1134) se ve a Benvenuto en entusiasta tren de subrayar las primeras latencias humanistas del pensamiento juvenil de Marx y — más ceñido en su situación— de sostener el carácter retrasado de la ideología marxista, cuya boga actual en Hispanoamérica se explicaría, en su opinión, por nuestro propio **carácter colonial**.

Estos intereses, estas opiniones, pueden contribuir a ratificar que, como discípulo, y uno de los más devotos de su maestro, conserva Benvenuto, de Carlos Vaz Ferreira, la dominante atención por los aspectos sociales y éticos (además artísticos) de la realidad. También su misma tendencia a los enfoques genéricos y normativos de lo social y su fe en una postura racional muy cauta (aunque, no es probable, la similar consecuente, firme aplicación de ella).

En cambio, a diferencia de Vaz, bastante desdeñoso de lo contemporáneo (por lo menos a estar a sus textos), las páginas de Benvenuto testimonian una verdadera voracidad por el pensamiento de su tiempo, especialmente por el de

Francia, que es, de seguro, el que más le ha nutrido. En este predominio (que también rezaría con Oribe y Gil Salguero), Benvenuto parece haber pasado de su admiración a los filósofos de tono racionalista, del tipo de Lalande, a los pensadores de carácter asistemático, o visionario, o trágico, o existencial, ya sean ellos Maine de Biran, Maurice de Guérin, Nietzsche, Chestov, Marcel, Jaspers. Y todavía habría que sumar a ellos, a partir de la quinta década, a los teorizadores del “personalismo” francés (un Robert Aron, un Arnaud Dandieu, un Alexandre Marc o un Mounier), con los que tiene numerosos puntos de contacto.

La índole personal de este renovado discurso sobre posturas, valores, ideas, ha alejado a Benvenuto de toda afinidad grupal, de toda “solidaridad” que no sea accidental. Si a ello se agrega que, (representando ese predominante interés ideológico de la generación del 1930-36 a que ya se aludía) su pensamiento es de carácter netamente universalista y sus referencias locales son casi siempre tenues o puramente ejemplares, estas circunstancias configuran de modo suficiente un hecho de consecuencias. Y es que, como si sólo buscara anhelantemente un medio de comunicación cualquiera con el lector (y es posible que así ocurra), Benvenuto ha sido en extremo indiferente a los lugares, órganos y oportunidades en que hacerlo. Dígase (en una función de crítica que estas noticias casi nunca han asumido), que tal temperamento, y las conmixtiones y adhesiones, injustas en su caso, que él sugiere es (si se le une a ciertos trazos de su escritura prosística) uno de los responsables de que el pensamiento de Benvenuto (por lo menos en su indudable valor germinal y contrapuntístico) no haya tenido entre nosotros el eco, la influencia que se merecería.

Toda la vida de Benvenuto, nacido en Minas, profesor de enseñanza secundaria y normalista desde 1927, abogado desde 1938, animador —entre otros— de la revista ENSAYOS (1936-1938), podría ceñirse casi en el limpio, denodado bregar por un pensamiento, por una expresión que lo comunique. Su “militancia”, esporádica pero siempre ardorosa, tendría que ser funcionalizada a este esfuerzo. Pero en este aspecto de su personalidad hay que aludir a su participación en el “grupo del **Ateneo**”, un núcleo que habrá que estudiar algún día y que, en cierta manera, fijó las pautas de la cultura uruguaya entre el golpe de Estado de 1933 y el principio de la Segunda guerra mundial (en que su influencia ya empieza a languidecer). El primer acontecimiento, la “revolución o motín” del 31 de marzo fue decisivo en la vida y el pensamiento de Benvenuto que, opositor activo y activista, sufrió persecuciones y destierro. Pero es posible que mucho más importancia que los hechos exteriores, la haya tenido el que esta etapa acendrará en él esa temperatura intelectual explosiva, exaltada que deja su traza en todo lo que tras ella ha producido. Los años posteriores de madurez no han hecho bajar lo enhiesto de su pasión, una pasión que lo acerca (aunque con diferencias evidentes) al otro polemista antitotalitario que fue Víctor Dotti (**La agonía del hombre**, 1948).

Lo enhiesto de su pasión ni tampoco un activismo dramático, ni optimista ni pesimista, un agonismo no siempre desplazado de sentirse tal.

Benvenuto ha escrito mucho; las listas de sus obras divergen grandemente y probablemente ni siquiera él podría establecer la lista completa de sus escritos. Y esto obedece a que, salvo su único libro formal: **Concreciones**, de 1929 (un título con seguridad equívoco para poner bajo él lo disperso de la labor benvenutiana) el autor no sólo se ha multiplicado en gran cantidad de colaboraciones en diarios y revistas (sobre todo en HIPERION de René Santos), sino también en la probablemente intabulable que, al modo de los panfletistas clásicos, engrosa larguísima serie de hojas sueltas, impresos, mimeografías, folletos grandes, medios y delgadísimos, manifiestos con y sin firma (como el muy sonado del “**Ateneo**” de 1956 sobre **La situación política del país**). Por ello es que casi al azar (aunque no sean secundarios en el total de su obra) es que se mencionarán **La cultura, la moral y la Universidad frente a la Dictadura** (1933), **Ante la invasión vertical de los bárbaros** (¿1934?), **Humanismo permanente** (1935), **Una cuestión de orden público espiritual** (1940), o el ya citado trabajo sobre Marx y el marxismo.

El texto seleccionado refleja ejemplarmente el optimismo de la segunda postguerra o, más precisamente, esa ancha convicción que se produjo, tras los dos conflictos mundiales, en la ductilidad de la materia social para someterse dócilmente a las más elevadas motivaciones que la lucha inspiró (o con las que ella se cohonestó). También la creencia en que el dolor colectivo posee un eficaz valor correctivo, sublimador de las “tendencias malvadas del hombre”, de su avidez, de su orgullo, de su violencia, de su intolerancia. Leído a la distancia, el ensayo no deja de inspirar una cierta melancolía, un tenue escepticismo que nada tiene (o puede no tener) de desesperanzado.